

mundo, puestas frente a frente (side by side) con el código Irlandés que precipitaba a la ruina a propietarios i colonos.—Tambien en la Cámara de los Pares, con motivo de una proposicion para introducir tribunales arbitrales entre fabricantes i obreros, se promovió una larga i animada discusion acerca de las ventajas e inconvenientes de los consejos de Prud-hommes de Francia.

V.

No creo que sean necesarias mayores alegaciones para que se comprenda que la importancia que se ha dado a la Lejislacion comparada en las naciones mas adelantadas del mundo, se halla a la altura del trascendental objeto de esta ciencia; hora es ya por lo tanto de poner término por mi parte a este bosquejo (que no otro nombre merece) imperfecto de suyo, como labor de poco diestra mano; pero ántes de concluir seame lícito manifestar un deseo, cual es, que se establezca en nuestra querida Universidad el estudio de la Lejislacion comparada. Sé muy bien que entregado tan solo a mis escasas fuerzas, quizás ese deseo no saldria del terrono de las ideas; pero si los miembros que forman este tribunal i que tan elevado como merecido lugar ocupan así en la enseñanza como en el foro, participan de la profunda conviccion con que he escrito esta Memoria, no tanto por lo que en ella digo, cuanto por lo que su superior ilustracion habrá de suplir, abrigo la íntima confianza de que de idea pasaria aquel deseo a ser realidad, porque (permítaseme este desahogo del sentimiento patrio) si Chile es granítica peña para resistir los embates de los que su mal deseen, es blanda cera para amoldarse a todo lo que signifique un paso adelante en el difícil, pero glorioso camino de la civilizacion i del progreso.

BIBLIOTECAS DE ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMÉRICA. Un pueblo que estudia i que trabaja tiene que ser grande necesariamente.—Informe de don Alfredo Escobar acerca de las Bibliotecas del capitolio de Washington i de la de Cooper en Nueva York.

Dos Bibliotecas recordamos haber visitado detenidamente en América, como tipos de digna imitacion en España. La primera era una biblioteca rica: la segunda era una biblioteca modesta.

Columnas de dorados capiteles sostenian los pintados arcos de

la primera; en lujosas habitaciones aparecían estantes aun mas lujosos, llenos de libros encuadernados, muchos con gran gusto; las ventanas daban sobre cuidados jardines; las mesas eran de roble; el material del edificio era hierro i estaba construido ademas a prueba de incendio; la concurrencia se componía de bellísimas i elegantes *ladyes* que leían a Byron, a Longfellow o a Walter-Scott, i de diputados i senadores que consultaban libros para sus discursos. La segunda estaba situada en un piso de un edificio consagrado a muchas cosas; las mesas eran pobres; los estantes modestos; los libros mal encuadernados, i en menor número que en la anterior; los asuntos de los mismos, los que podían interesar al pueblo; la concurrencia, pobremente vestida, compuesta de blancos i jente de color.

La primera era la Biblioteca del Capitolio en Washington; la segunda, la de Cooper en Nueva York. Pero en la primera se veía la jente leyendo para matar el tiempo, pues dirigían una mirada al libro mientras arrojaban diez a los jardines i a la jente que entraba i que salía. En la de Nueva York se veía un pueblo ansioso de instruirse.

Jamas se borrará de mi memoria el espectáculo que ofrecía el salon de lectura de la Biblioteca Cooper, la vez primera que la visité. Era el anoecer de un día de marzo: la escalera magnífica que daba acceso a la biblioteca no estaba aun iluminada, i los ojos venían acostumbrados a la oscuridad. De pronto aparece ante mi vista un salon magníficamente alumbrado por medio de reverberos de gas, que arrojando toda su luz sobre las mesas cubiertas de libros i sobre las cabezas de los lectores, dejaban el resto del salon envuelto en las sombras. ¡Qué cabezas las de aquellos obreros que leían! Apoyados los codos sobre la mesa i apretándose las sienes con las manos, parecía que querían devorar el libro: los ojos recorrían las líneas con entusiasmo; no se escuchaba ni el respirar de aquellos hombres siquiera; cada figura prestaba asunto para un cuadro.

Sus trajes i su apariencia delataban ademas sus oficios. En las manchadas manos del uno, podía reconocerse al oficial de herrero; al carpintero, en las callosas del otro; en la tiznada blusa, al pintor; en el desgarrado traje, al negro barrendero. Por los libros i periódicos que leían podía deducirse ademas sus aficiones; la mayor parte, libros científicos; historia i literatura, los ménos; muy pocos, cuentos i novelas.

Libro habia de hojas destrozadas i de rota encuadernacion que daba lástima verle. ¡Con qué gusto lo repondria entónces el bibliotecario!

Al presenciar espectáculo tan solemne como el que presentaba la Biblioteca Cooper, no me pregunté ya mas en qué consistia el engrandecimiento del continente americano. Un pueblo que estudia i que trabaja tiene que ser grande.

El edificio destinado a biblioteca es en los Estados Unidos objeto de discusion acalorada entre los inteligentes, ántes de que se empiece su construccion. Se discute sobre el sitio en que se ha de asentar, que si la biblioteca es popular debe ser entre los barrios mas poblados de obreros, i si por suscripcion, en los barrios mas céntricos i concurridos; se discute sobre el dibujo, que si hai fondos, debe tener la apariencia suntuosa de palacio, i si los hai escasos, debe conciliarse la humildad con la belleza del conjunto; se discute, en fin, la economía de espacio; el mueblaje que ha de tener; la numeracion de los estantes; la forma en que han de colocarse los libros; los cuartos de los empleados; el despacho en que se abren los cajones; el en que se inscriben los libros en el catálogo; el del taller de encuadernacion, que debe tener propio toda buena biblioteca; el salon de periódicos; los gabinetes de trabajo; el cuarto de aseo, i cuanto forma parte de un edificio construido para biblioteca.

La forma de ésta es la que las monjas nos legaron cuando la ciencia se refujió en los conventos: un sistema de gabinetes alrededor de un salon en que se hallan las mesas para los lectores. Estos gabinetes, en algunas bibliotecas de los Estados Unidos, se encuentran al final de pasillos que forman los radios del salon central: en el punto en que converjea hai mesas para los lectores que usen libros de aquellos estantes, haciendo de este modo que un solo bibliotecario pueda desempeñar el servicio de una biblioteca.

Entre nosotros, la construccion de la Nacional se terminará talvez en el reinado del sucesor del actual monarca. En el país a que nos referimos, cualquier arquitecto tiene preparado i a disposicion del primero que se presente, el proyecto de una biblioteca pública con capacidad para un millon de volúmenes, cuyo costo aproximado es de unos dos millones de reales.

Antes de seguir adelante conviene explicar el significado que en la América del Norte tiene la palabra *Biblioteca pública*. Creen algunos que basta presentarse a la puerta para tener derecho a

usar los libros de sus estantes. Eso sucede, es verdad, en la biblioteca del Congreso, en la del Ateneo de Boston, en la de Cooper i la de Astor en Nueva York, etc.; pero en jeneral, por Biblioteca pública se entiende aquella a que solo tienen entrada los socios o los temporeros, que pagan una modestísima cantidad por su disfrute.

Cada clase social tiene su punto de reunion para leer en una Biblioteca: los obreros, en las públicas propiamente dichas; las señoras i los apasionados a la lectura, en aquellas en que las novelas, los viajes, las revistas, los periódicos, los libros de poesía i los escritos en extraño idioma abundan mas; los comerciantes, los médicos, etc., en las que se reúnen todos los de sus mismas aficiones. ¿Cómo, existiendo buenas Bibliotecas abiertas al primero que se presenta, ostentan la mayor parte de ellas los vecinos de cada pueblo por suscripción particular?

Por dos razones: porque la biblioteca es un club, i porque la biblioteca es una librería.

Vamos a explicarnos:

La lady que, al salir por la tarde de su casa sin mas compañía que el respeto que en América se tiene a la mujer, quiere entrar a leer una hora en una Biblioteca, no elije ciertamente la de los obreros, en cuya compañía no encuentra ninguna señorita de su clase, i cuyas maneras sucias, i cuyos libros rotos no la incitan a dedicarse a la lectura. Es natural que concurra a donde concurren las amigas, a una Biblioteca elegante, en donde pueda reclinarse en cómodo diván, i donde encuentre lectoras de su conocimiento i libros de su afición. Para concurrir a ésta tiene que pagar cinco duros al año, por ejemplo; pero mientras cinco duros no la importan nada, los cinco mil de mil suscriptores, producen un aumento de libros en la Biblioteca que la va enriqueciendo de día en día.

En las Bibliotecas se reúnen además las mujeres, como los hombres se reúnen en los clubs, para salir juntas a hacer visitas i para charlar un rato en los cuartos destinados al efecto.

Hai una porción de jente poco aficionada a frecuentar las bibliotecas, que no por eso dejan de tener una gran afición a la lectura. Para esos la Biblioteca es una librería.

Todas las tardes se ven en la calle Chesnut, en Filadelfia, i en Broadway de Nueva York, una colección de mujeres demasiado crecidas para ser colegialas, con dos o tres libros debajo del brazo. Unas vienen de proveerse, otras van a dejarlos ya terminados, o a cambiarlos por otros nuevos. Si es fijais en los títulos de ellos, no

tareis que son las últimas novelas dadas a luz, que se las disputan las suscriptoras.

Para llevarse un libro a casa, basta que el bibliotecario apunte su título, el nombre del portador o portadora, i la fecha de salida. Como el que se lo lleva para leer pudiera dormirse con él en casa, privando de su lectura a los demas, el día de su devolucion examina el bibliotecario el tiempo trascurrido de su entrega, i a pasar del tiempo que fija el reglamento, paga el portador una multa que viene a acrecer el fondo de la sociedad. De este modo pueden leer todos los suscriptores todos los libros de la Biblioteca, sin concurrir a ella.

I aun para probarnos que todavía con mas comodidad podia el público disfrutar de los libros de su Biblioteca, el bibliotecario de *La Mercantil* de Nueva York nos enseñaba, atravesadas en un pincho, una coleccion de cartas, de mujer la mayor parte, concebidas sobre poco mas o ménos en los términos siguientes:

Señor bibliotecario de *La Mercantil*.—Nueva York.

«Tenga Ud. la bondad de entregar al dador alguna novela de las recientemente publicadas. No olvide Ud. las que principalmente gustan a su afectísima, etc.»

El Bibliotecario busca en su cuaderno de apuntes cuál es el jénero de lectura que mas agrada a la firmante, i le envia algunos tomos.

Otras de las cuestiones, que mas se tienen en cuenta al organizar una Biblioteca, es la eleccion de libros.

Complacer al estudiante i al literato, al militar i al artista, al que lee por instruirse i al que lee por matar el tiempo, ese debe ser el objetivo del bibliotecario, que es el sacerdote encargado de mantener vivo el fuego de la curiosidad en los lectores.

¿Cómo puede completarse la eleccion despues de haber escojido aquellos que el bibliotecario cree que forman como un índice de los conocimientos humanos? Comprando todos aquellos que sean pedidos cierto número de veces i no existan en la Biblioteca.

Los lectores en jeneral gustan de leer libros superiores a su capacidad, i como la masa del pueblo posee poca ilustracion, tiene por fin la Biblioteca que ir desenvolviendo su capacidad i aumentando sus conocimientos, haciéndoles sentir aficion por la lectura.

Los primeros libros que posee, pues, una Biblioteca, son los libros populares: la coleccion Tauchnitz, Dickens, Tackeray, Mrs. Craik, George Eliot, Carlyle, i otros por el estilo; enyos similares en España podrian ser la *Biblioteca de Instruccion i Recreo*: la de

Maravillas, traducida del frances, los *Cuentos de Salon*, los *Episodios nacionales*, i autores como Cervantes, Calderon, Lope de Vega, i de nuestros dias Fernan Caballero, Frontaura, Trueba i muchos otros que no hai que recordar.

Los Estados Unidos tienen agentes en Inglaterra, Francia i Alemania, para enviar libros con destino a las Bibliotecas públicas. Una lei votada en Córtes permite entrar sin pagar derechos los destinados con este fin.

Nosotros conociamos un bibliotecario, autor de varios libros sobre *Bibliotecas públicas*, que para obsequiarnos nos permitia presenciar sus trabajos i tomar apuntes sobre ellos.

Cuando recibia algun cajon de libros—lo cual solia suceder muy amenudo—su primera operacion era comparar la lista que adjunta se le enviaba con los volúmenes del cajon. Despues apuntaba el número de órden que correspondia a cada nuevo huésped, la fecha de su entrada, autor, título, pié de imprenta, fecha de su publicacion, número de tomos, tamaño, número de pájinas, estado i clase de su encuadernacion, su procedencia i su costo.

Esto se llama bautizar al libro.

La operacion siguiente consiste en ir escribiendo estos datos en una tarjeta de regular tamaño, que sirva de catálogo manuable al encargado de la Biblioteca.

Cada obra debe constar por lo ménos en dos tarjetas. De este modo basta enunciar el nombre de la obra o el nombre del autor, i a veces el lugar donde ha sido impreso, para conseguir una obra cualquiera.

Se necesita tanta práctica para catalogar bien, que en América existen hombres i mujeres esclusivamente dedicados a esta operacion, los cuales se van trasladando de biblioteca a biblioteca. Para probar la importancia que se concede a la formacion del catálogo, recordaremos solo que el sistema que se sigue es el mismo empleado en el Museo Británico de Lóndres; que las reglas para clasificar bien libros del profesor C. C. Yewete del *Smithsonian Institution*, son consideradas en los Estados Unidos como el mejor código del bibliotecario, i que Mr. Charles A. Cutter, del Ateneo de Boston, ha publicado un libro que se titula *Reglas para un Catálogo-Diccionario*, que se considera como uno de los mejores tratados sobre la materia.

¿Deben forrarse los libros? Hé aquí una estraña cuestion, que ha tenido sus mantenedores i sus adversarios en América. Al principio así acostumbraban hacerlo en algunas Bibliotecas; mas,

comprendiendo despues que el libro cubierto de este modo perdía su carácter de libro, se arrancaron los forros de papel, i la biblioteca volvió a ser otra vez biblioteca.

Para encuadernar el libro, el material llamado *morocco*, que es la piel de cabra, es el preferido. En grandes volúmenes tambien se usa la piel de Rasia. En obras, en encuadernaciones lujosas para libros destinados a rodar de mesa en mesa, es un derroche que no se debe permitir un bibliotecario honrado. Las encuadernaciones hechas en Paris, Lóndres, Copenhague i en algunas ciudades alemanas, si se exceptúa Leipzig, son exelentes i baratas.

Clasificar una biblioteca es tan importante para el bibliotecario, como llevar con órden los libros de una casa de comercio para el banquero. Una biblioteca sin clasificar es a lo sumo un puesto de libros de esos que existen en las ferias. Una gran Biblioteca necesita naturalmente una clasificacion mas detallada que una pequeña, i una pública mucho mas que una de consulta.

La clasificacion jeneralmente adoptada en los Estados Unidos es la siguiente: Historia, Biografía, Viajes, Poesía i Teatro, Miscelánea inglesa, Novelas de la infancia, Literatura varia, Coleccion de autores ingleses i americanos, Literatura alemana, Literatura francesa, *Literatura española*, Literatura italiana, Lenguas i Retórica, Bellas Artes, Historia Natural, Ciencias físicas i naturales, Ciencias políticas i sociales, Educacion, Religión, Leyes i Medicina.

Algo puede España aprender, si quiere, de los Estados Unidos, que es el primer país del mundo en materia de Bibliotecas.